

© De la edición española: *Ediciones Librería Argentina*

Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 46. 28015 Madrid. España

Tel: 91 5434781

www.libreriaargentina.com

MAQUETACIÓN: Equipo ELA

DISEÑO DE PORTADA: Equipo ELA

Depósito Legal:

ISBN N° 978-84-9950-004-1

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total, ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos posibles presentes o futuros, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

LAS DOCE ENSEÑANZAS
DE
YORITOMO TASHI

B. DANGENNES



Ediciones Librería Argentina

Andrés Mellado, 46

28015 Madrid

España

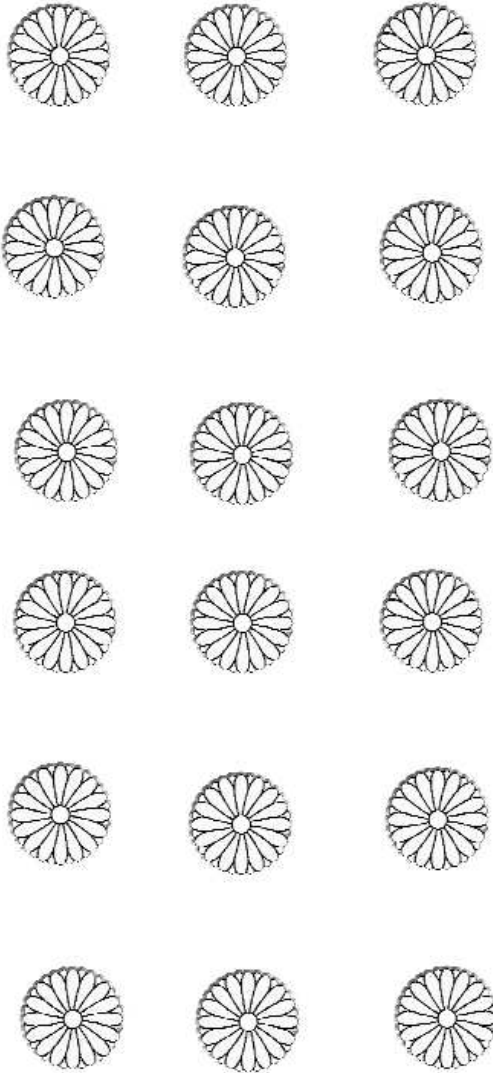
www.libreriaargentina.com

Indice

<i>Primera enseñanza.</i>	
La contemplación efectiva	7
<i>Segunda enseñanza.</i>	
La resistencia tenaz y la docilidad consciente	15
<i>Tercera enseñanza.</i>	
La anarquía y la autocracia de las tendencias	21
<i>Enseñanza cuarta.</i>	
Para despejar la ruta	29
<i>Enseñanza quinta.</i>	
El cultivo de la unidad a través de la diversidad	37
<i>Enseñanza sexta.</i>	
No dejar nada en barbecho	45
<i>Enseñanza séptima.</i>	
La Desgracia de los cándidos	53
<i>Enseñanza octava.</i>	
La Liberación	61
<i>Enseñanza novena.</i>	
El Valor de la evolución	67
<i>Enseñanza décima.</i>	
La conservación de la personalidad	75
<i>Enseñanza décimo primera.</i>	
La advertencia del fuego	81
<i>Enseñanza duodécima.</i>	
El Rendimiento espléndido	89

Primera enseñanza

La contemplación efectiva



“Un día - según refiere un viejo cuento japonés, los discípulos del filósofo Yoritomo Tashi abandonaron alborotados los jardines maravillosos donde estaban, bajo la sombra unos árboles cuyas flores parecían una neblina sonrosada, en los cuales el maestro se complacía, en enseñarles los inmortales principios. Salían comentando la revelación que acababa de hacerles, que comenzó así:

En el bosque que se extendía al pie de las montañas plateadas, había un templo en ruinas, donde los murciélagos tenían su habitual refugio. Cerca de los vestigios de su antiguo altar había un pasaje conocido solamente por los iniciados, que conducía, después de dar numerosas vueltas, a una especie de claro sin árboles con un estanque que reflejaba el cielo.

Para los profanos que se asomaban a su superficie, este estanque no era más que un espejo natural; pero aquellos que sabían penetrar en los arcanos de las altas ciencias, leían en él claramente la indicación que debería ser la dominante de su vida.

Algunos días después, reunidos de nuevo alrededor de su maestro, los discípulos contaban, a su vez, las impresiones que habían sacado de su expedición.

“Maestro -decían unos- el espejo del estanque nos ha mostrado un rostro deformado por la cólera. ¿Debemos pensar, por ello, que la violencia regirá nuestra vida?”

Otros se lamentaban de no haber visto más que una imagen turbia de la cuál penosamente se distinguían los rasgos, sin encontrar en ellos ningún signo de advertencia; por lo cual gemían:

“Maestro, ¿estaremos condenados al olvido y a la nulidad? ¿Desapareceremos?”

Algunos, entre la agitación de las aguas, habían visto rostros tan diversos, que no habían podido hallar entre ellos una indicación.

Y preguntaban:

“¿Estaremos destinados a practicar esa vida versátil de la cuál, maestro, nos habéis aconsejado huir?”

Otro discípulos estaban radiantes y proclamaban su futura gloria, porque se habían visto en el agua entre nimbos resplandecientes como el oro.

Finalmente, algunos otros se sentían avergonzados por haberles sido imposible descubrir el paraje escondido que, desde las ruinas del templo, había de guiarles hacia el camino del estanque.

Dos o tres discípulos solamente, declararon que el estanque les

había mostrado en su superficie un rostro impregnado de voluntad serena, en el que el claro discernimiento y la firmeza de intenciones estaban claramente escritos.

- Amigos míos - dijo el filósofo después de haber escuchado silenciosamente a todos - amigos míos, os debo confesar que he cometido un grave abuso al hablaros de las virtudes mágicas de ese estanque. El ha sido, en efecto, tal como yo pensaba, un imparcial revelador para vosotros.

Y dirigiéndose a los primeros añadió:

-Vuestros ojos, según habéis dicho, encontraron un rostro de irritada expresión. Recordad las condiciones en que os encontrabais cuando llegasteis ante él. ¿Estabais en plena posesión de vuestra calma?

Un poco confusos, los interrogados convinieron que, efectivamente, en sus deseos de ser los primeros en llegar al estanque, se habían querellado unos con otros y hasta habían luchado ligeramente.

Unos abusaron de su fuerza y otros buscaron inventivas para deslizarse antes que los demás camaradas en el estrecho pasaje de las ruinas.

- ¿Por qué - dijo de manera fría el filósofo - os sorprendéis de haber visto reflejarse en el agua los signos de la pasión que os agitaba?

Y dirigiéndose a los segundos, preguntó:

-¿En qué punto de su carrera se hallaba el Sol cuando os asomasteis al agua?

"Era tarde respondieron unos-, y el astro se había dormido ya, después de besar la tierra."

"Era temprano-dijeron otros-, y las gasas color malva de la aurora velaban todavía el cielo."

-¿Oloideáis - dijo severamente Yoritomo- que la verdad ama la clara luz del día?

Después interrogó a los terceros:

¿Cuál era el estado de la atmósfera cuando os inclinasteis sobre el agua?

"Un viento impetuoso sacudía las cimas próximas y rizaba el estanque en mil pequeñas ondas, que rebotaban en minúsculo tropel."

-¿Es extraño entonces - interrumpió Yoritomo- que vuestras imágenes así maltratadas aparecieran diversas y cambiantes?

-Y vosotros- dijo dirigiéndose a los que se mostraban radiantes de satisfacción-, ¿qué momento habéis escogido para interrogar a vuestra imagen reflejada?

Y respondieron:

*“Cuando el sol besaba el agua y ésta devolvía sus rayos en gavi-
llas irisadas.”*

*¿Y os parece, pues, maravilloso -dijo irónicamente el maestro-
que vuestro rostro no apareciera así rodeado de un nimbo?*

*Después, dirigiéndose hacia los que volvieron sin haber sacado
ningún partido de su excursión, añadió:*

*-Vuestra decepción debe servir de lección severa. Ella os
demostrará la inutilidad de los esfuerzos que no están conveniente-
mente regidos por la razón. Nunca hubieseis vuelto de este modo si
vuestra ligereza de espíritu no os hubiera impedido seguir juicioso-
mente mis indicaciones.*

Y tendiendo los brazos hacia los últimos, exclamó:

*¡Decid bien alto a todos los demás en qué condiciones os acer-
casteis al estanque revelador!*

*Entonces los privilegiados refirieron cómo habiendo presencia-
do la efervescencia de unos y la intemperancia de los otros, resolvieron
esperar hasta que la impaciencia se acabase y hasta que a la cólera de
los elementos sucediese la serenidad de la atmósfera.*

*Escogieron el momento en que el sol no sembraba el estanque de
reflejos equívocos y engañosos, sino cuando lo inundaba por igual con
una claridad bastante intensa para iluminar el agua impasible.*

*-Vosotros únicamente habéis procedido juiciosamente- con-
cluyó el filósofo-. Habéis reconocido que la irritación personal, lo
mismo que el desorden de la atmósfera, la proximidad de la noche o la
de la aurora, deben considerarse como elementos negativos para la sin-
ceridad del reflejo. Así, ¿cómo llegar a conocer los signos interiores que
debemos explotar para nuestra mayor gloria y la prosperidad de todos,
si somos incapaces de discernir la manera de descubrirlos con certe-
zas?”*

Esta lección, casi milenaria, no ha perdido actualidad. Todos los hombres son detentadores de sus íntimos tesoros. La mayor parte de ellos persisten en ignorarlos, puesto que olvidan siempre explorar sus almas.

Es incontable el número de hombres que dejan sin aprovechar sus riquezas mentales por no explotarlas debidamente. Unos, de igual modo que los espíritus banales del cuento, no saben descubrir el espejo ideal que ha de instruirles en la búsqueda de sus méritos. Otros, a imitación de los discípulos que se querellaban entre sí, esperan para interrogarlo el instante en que les domina una pasión cualquiera, hasta el punto de alterar la

naturaleza de sus aptitudes propias. Especulan bajo un estado de cosas que adultera la norma sobre la cual deben establecer su línea de conducta.

¿Es entonces extraño que las contingencias de la vida ordinaria les desvíen del camino verdadero?

En el calor del entusiasmo no advierten la presencia de muchas dificultades amenazadoras para sus proyectos, que una fragilidad primordial oscurece de continuo bajo la presencia diaria de acontecimientos imprevistos.

Otros, al contrario, trabajadores de última hora o emprendedores prematuros, no llegan nunca a descorrer el velo de la incertidumbre, bajo el cual se ocultan las facultades que es preciso definir bien claramente para poder fertilizarlas.

Sólo los que tienen suficiente maestría y dominio sobre sí mismo escogerán la hora propicia, pudiendo entregarse de lleno a una contemplación eficaz. Ella les mostrará, en un fiel reflejo, cuantos yacimientos contengan en el fondo de su personalidad.

Pero es esencial rodear esta **contemplación** de todas las garantías contra la alteración de la conformidad, porque no olvidemos que ella es no solamente *el principio básico para el desarrollo de uno mismo*, sino, además, *el punto de partida para toda la estrategia que nos será útil desplegar*.

De aquí lo importante, que es desde luego, no confiar a la casualidad los ensayos y tanteos que son necesarios. Aquí es donde fracasan las buenas voluntades. Aquí es donde suelen estrellarse las energías.

Nunca se habrá repetido lo bastante la importancia que tiene el *no equivocarse en esta actividad de contemplación*, porque todo esfuerzo inútil retarda la llegada del éxito, todo desarrollo intempestivo debe fatalmente ser anulado y toda tentativa mal concebida nos hará retroceder en el camino ya recorrido, representando muchas horas robadas al tiempo.

Toda vacilación demasiado prolongada llevará a la incertidumbre de la ejecución, pero también alejemos de nosotros el pensamiento de preconizar las decisiones muy prematuras, porque son generalmente un producto de la ligereza y escapan a la idea de un examen serio.

Solamente después de una minuciosa contemplación nos será posible apreciar las aptitudes, las inclinaciones, las repulsas, las fuerzas y las debilidades que yacen en el corazón de cada uno.

Solamente después de este examen eficaz nos será posible organizar juiciosa y ordenadamente el desarrollo de nosotros mismos. Un desarrollo bien dirigido permite no sólo el aumento, sino la evicción.

Se estudiarán preferentemente las tendencias netamente firmes de cada persona.

Se tendrán en cuenta tanto las influencias favorables como las sugerencias hostiles.

Se apartará el alma de cada individuo del alma social colectiva, sabiendo, no obstante, prevenir los casos en que sea oportuno y conveniente unirlos.

Se desdeñarán las insinuaciones de los débiles teniendo en cuenta, ante todo, que el decidirse al desarrollo de uno mismo constituye un acto de indiscutible egoísmo. Sí, se trata en efecto, de un acto de egoísmo; pero de un *egoísmo superior*, digno de alabanza. Esta empresa de buscar la verdad en todo aquello que concierne únicamente al individuo, esta muy lejos de parecerse a la ordinaria preocupación de los que todo lo quieren para su persona.

Es preciso decirlo bien alto:

Aquellos que apasionadamente buscan el modo de descubrirse a sí mismo para sacar partido de sus propias facultades son LOS FUERTES, pues buscan intensificar su personalidad hasta el más alto grado.

Cada uno de los que centralizan sus aptitudes favorables para explotarlas, constituyen, pues, *importantes ruedas para el engranaje de la sociedad*.

¿Puede uno darse cuenta de lo que podría ser de fuerte y próspera una nación en la cual esta clase de hombres egoístas formaran una mayoría?

¿Puede uno imaginar, sin un vivo deseo de realización, un ritmo social establecido por una legión de hombres así?

¿Es posible soñar una máquina social cuyas piezas sean más perfectas?

¿Cómo llegar a ese resultado feliz, si a causa de una hipócrita modestia, que no es más, casi siempre, que la máscara de los impotentes, se abandona la práctica de ese egoísmo tan provechoso para todos?

Hemos escrito la palabra "impotencia"; pero, en la mayoría de los casos, es la palabra "pereza" la que puede sustituirla. Es la indiferencia, siempre alejada de la ambición y la